

LA FUENTE SECA

Le quedaban las fauces
llenas de polvos ágríos;
le quedaban abiertos
y agrietados los labios
y entre pajas podridas,
con limo amortajado,
le quedaba sediento
y escondido el regazo.

Se le murió el riachuelo
que le nació cantando
por entre mejoranas,
poleos y mastranzos.

Ni lágrimas tenía
ya para amamantarlo
cuando lloraba, seco,
suspiros apagados.

Le faltaron, a un tiempo
las liebres y los pájaros,
y las mozas garridas
con el perfil de cántaro.

Le faltaba el espejo
y la luna y el árbol,
y le faltó una tumba,
y un sencillo epitafio.

Le quedó su cadáver
seco y desenterrado.

JOSE CANAL

EL HOMBRE PRINCIPAL

«Y le preguntó un hombre principal,
diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para
poseer la vida eterna?»

(S. LUCAS, XVIII-18)

I

El hombre principal venía delante, montado en una mula. Detrás caminaban a pie los dos esclavos, guiando a las bestias de carga. Venían de la otra ribera del Jordán, del mercado. Llevaron corderos, lanas, trigo y aceite; traían quesos de cabra y camella, miel, vino. Habían emprendido el viaje durante la última guardia de la noche y al clarear el nuevo día daban vista a su aldea. Desde el repecho por el que descendían contemplaban ya las casas blancas, envueltas en jirones de humo azul, levísima gasa transparente que flotaba en la luz tierna del amanecer.

Empinándose sobre el mulo, lanzó el amo sus ojos en avanzada, recorriendo amorosamente, como si los acariciase, todos los rincones del pequeño valle. Allí habían nacido él y sus padres y los padres de sus padres. El cielo, la tierra, los árboles, las piedras y las aguas de los arroyos conocían su nombre y, entre todos, se repartían sus recuerdos. Hasta el olor que venía de los huertos, tapizados de jugosa pámpana, era algo suyo. Se ensanchó su corazón al encontrarse otra vez con estos viejos amigos y pensó: «Ellos me devolverán la paz.»

«Rrracc, rracc, rracc...» Los esclavos arreaban a los animales chascando la lengua contra los dientes y el paladar. Bajando por el ramblizo cruzaron entre los olivares e higuerales que crecían en gavias escalonadas, atravesaron regatos de aguas limpias. Mirlos y alondras cantaban en los árboles. El sol, asomándose a sus espaldas sobre el alcor que acababan de trasponer, pasaba por encima de sus cabezas e iba a caer sobre los tejados de las casas. Unas cuantas cigüeñas, volando pausadamente, salían al encuentro de sus primeros rayos.

Empezaron a encontrarse con vecinos que saludaban al hombre principal con respeto, cariño y familiaridad, porque era varón justo a quien todos querían. «Bien llegado eres entre nosotros». Le hacían preguntas sobre el mercado y él iba contando sobre las gentes, tierras y cosas que había visto, lo que había comprado y vendido.